

# **“Escuchando los gritos de la tierra y de los pobres”**

## **Panel sobre la perspectiva de las religiones abrahámicas - Una perspectiva cristiana**

*Conferencia Internacional de Religiones y los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS)*

*Ciudad del Vaticano, 7 - 9 de marzo de 2019.*

*Presentado por el Rev. Dr. Martin Junge*

*Secretario General de la Federación Luterana Mundial.*

Permítanme comenzar mi presentación agradeciendo a Su Eminencia el cardenal Peter Turkson y al Dicasterio para la promoción del desarrollo humano integral por organizar esta oportuna conferencia internacional bajo el tema "Las religiones y los Objetivos de desarrollo sostenible" (ODS).

Estoy agradecido por este espacio y la invitación a ofrecer algunas miradas desde una perspectiva cristiana. En mi presentación, me basaré en algunas narraciones bíblicas clave que nutren e inspiran nuestra presencia y acción de servicio en el mundo, y señalan algunos de los problemas y desafíos que podemos considerar a medida que avanzamos hacia el año 2030.

Por lo tanto, permítanme comenzar con la historia bíblica que los ODS traen a mi mente. Es una parábola, o una enseñanza metafórica de Jesús, en la que explica cuánto importan todos y cada uno de los seres humanos a los ojos de Dios (Mateo 18: 12-14). Había un pastor, según la parábola, que notó que de sus 100 ovejas, una se perdió en el campo. Dejó atrás las 99 para volver al campo y buscar a la perdida. Después de mucho buscar, finalmente la encontró. El mensaje de la parábola es claro: Dios no quiere que nadie se pierda o se quede atrás.

Como ilustra esta parábola, la Agenda 2030 con su lema "no dejar a nadie atrás" resuena bien en la comunidad cristiana. Se conecta fácilmente con nuestras convicciones y prácticas de fe profundamente arraigadas. Representa una plataforma importante para contener la marea de crecientes brechas entre las personas en nuestro mundo, una marea que se opone a la visión que compartimos. Aborda la lógica prevaleciente que no solo presupone, sino que a menudo se basa en la exclusión de un sector de la población mientras busca prosperidad o desarrollo. Nuestra voz debe ser directa: un paradigma de desarrollo que opera sobre la base de la exclusión no puede ser llamado desarrollo. Más bien lo llamamos por lo que es: explotación.

Si bien existe una convergencia evidente entre la fe cristiana y la Agenda 2030, creo que es importante comprender el carácter distintivo de nuestros enfoques. Para los cristianos, nuestro compromiso será primero una expresión de nuestra fe, una respuesta a lo que escuchamos y creemos, antes de que sea una respuesta a los ODS. Lo que esta distinción requiere es que sigamos participando en un profundo ejercicio de traducción e interpretación de nuestros marcos específicos para que podamos identificar claramente el espacio común para nuestras alianzas, así como sus límites, dadas las diversas identidades de los actores involucrados en eso.

La "alfabetización religiosa" ha sido un concepto importante a este respecto. Estoy agradecido por los importantes avances que ha logrado el sistema de las Naciones Unidas, por ejemplo, convocando al Grupo de Tareas Interinstitucional de las Naciones Unidas para la Participación de Actores Basados en la Fe para el Desarrollo Sostenible, y el recientemente formando Consejo Asesor de Fe para el Grupo de Tarea. Este es un buen desarrollo, que nosotros en el movimiento ecuménico apoyamos fuertemente. Ha proporcionado un espacio valioso para la interacción interreligiosa, en beneficio de muchos de nosotros.

La Asociación Internacional sobre Religión y Desarrollo (PaRD, por sus siglas en inglés) ofrece otro espacio valioso, que se centra de manera distintiva en las intersecciones entre gobiernos y OBFs. Aquí también, muchos de nosotros estamos involucrados en la búsqueda del desarrollo de la alfabetización.

Sin embargo, últimamente he llegado a entender que el concepto de "alfabetización religiosa" es demasiado estrecho. Se supone que otros necesitan aprender sobre nosotros, las OBF, pero que nosotros, las OBF, no parece que necesitamos aprender de los demás.

La comunión que representó, la Federación Luterana Mundial, trabaja junto con la Alianza ACT en un enfoque que analiza el otro lado de los problemas, por lo tanto, ayuda a las iglesias y organizaciones locales a comprender la mentalidad, los instrumentos y los procedimientos relacionados con el desarrollo y la cooperación de los gobiernos y el sistema de las Naciones Unidas. Creo que nuestro camino hacia adelante debe salvaguardar esta formación de alfabetización bidireccional. Solo cuando comprendamos plenamente la alteridad del otro, la asociación será efectiva y sostenible.

Un área en la que creo que es crucial para nosotros como cristianos trabajar es nuestra relación con el marco de los Derechos Humanos. Sin duda, la fe y sus narrativas fundamentales es la gramática constitutiva que articula nuestro compromiso en torno a la visión de no dejar a nadie atrás. La Agenda 2030, en cambio, está conformada, o debería estar conformada, por el marco de los Derechos Humanos. Los derechos humanos afirman, de otras maneras, a otros actores y con otros instrumentos de responsabilidad, la profunda convicción de que cada ser humano nace con dignidad y valor inherentes. Esto es algo que compartimos y respaldamos plenamente como una convicción de fe. Junto con otras tradiciones religiosas, consideramos a cada persona como creada a la imagen de Dios (Génesis 1:26 - 28).

Mirando nuestros tiempos, creo que la humanidad se encuentra en una coyuntura crítica: si vamos a avanzar en la historia con o sin Derechos Humanos. Observo con gran preocupación que la responsabilidad general hacia los derechos humanos y sus instrumentos y convenciones vinculantes se está desvaneciendo. Abundan los ejemplos: los dictadores no se controlan, la Convención de Ginebra para los Refugiados (1951) se está haciendo a un lado y la ayuda humanitaria se ha politizado.

Como alguien que creció durante la dictadura en América Latina, puedo testificar: el desprecio por los Derechos Humanos hace que las personas se queden atrás, o si no se las aplaste. Por lo tanto, estoy convencido de que es indispensable vincular deliberadamente la Agenda 2030 con sus ODS con las obligaciones de los Estados en materia de derechos humanos y los instrumentos multilaterales que se han creado por ese motivo. De lo contrario, la Agenda 2030 podría contribuir a un mayor debilitamiento de la responsabilidad de estas obligaciones sin las cuales, nuevamente, el mundo continuará dejando atrás a las personas y comunidades enteras.

Permítanme ofrecer una fundamentación particularmente conmovedora, que se relaciona con el ODS 5. En Suiza, donde vivo actualmente, existe una brecha de 14.6% entre el salario que pagan hombres y mujeres por el mismo trabajo. Significa, en términos concretos, que las mujeres solo comenzaron a recibir salarios el 22 de febrero. Hasta ese día, trabajaban gratis, mientras que nosotros, los hombres, recibíamos pagos desde el 1 de enero. ¿Cuál es la razón?

Hace diez días, me encontraba en un país que ha impuesto una política según la cual las alumnas serían eliminadas inmediatamente de la escuela si se encontraban embarazadas. Nos preguntábamos, mientras discutíamos con la iglesia local, ¿qué pasa con los niños involucrados en ese embarazo o, lo que es peor, qué pasaría si ese embarazo fuera el resultado de un abuso? Existe un sesgo de género, una brecha que, si no se atiende, siempre dejará atrás a las mujeres: mal pagadas, menos educadas, estigmatizadas y, en general, en condiciones desiguales cuando se trata de nuestro desarrollo.

Sé que el discurso de género a menudo es difícil y nos desafía como FBO. Lo que me anima a enfrentar personalmente este desafío es cuando leo sobre las muchas situaciones en la Santa Biblia, que representan a nuestro Señor Jesucristo reuniéndose con aquellos con los que se suponía que no debía enfrentarse, hablando con quien no debía hablar, tomando la dirección correcta de quien no debería (Mateo 15: 21-28): las mujeres. Lo hizo, debido a lo que la parábola del buen pastor en realidad describe como la visión de Dios: que nadie debe quedarse atrás. Y esto incluye a las mujeres.

Incluso si no hubiera una Agenda 2030, pero debido a lo que Dios tiene en mente, la fe nos obliga a enfrentar la pregunta de cómo superar la desigualdad sistémica en las relaciones entre hombres y mujeres, particularmente en relación con los problemas de poder y recursos. Ignorar esta dimensión no dejaría solo a algunos, sino que dejaría atrás a la mitad de la población!

Pasando a otro tema ahora, pero aún a la luz de no dejar a nadie atrás, quiero abogar por un enfoque mucho más claro en los niños y jóvenes en la Agenda 2030. Queridos amigos, nos dirigimos hacia un importante conflicto intergeneracional: la juventud está cada vez más, dándose cuenta y experimentando que ni la economía, ni la ecología están trabajando para ellos. Hasta hace poco, solía hablar de los jóvenes y sus preocupaciones como una "bomba de relojería" para las sociedades. Dejé de hacerlo porque les echa la culpa, y porque el problema es en realidad al revés: hemos logrado establecer un escenario para jóvenes en el que trabajar como lo sabíamos ya no existirá, al menos para grandes secciones, y el sistema ecológico que mantiene sus vidas está en grave peligro debido al cambio climático y la pérdida de biodiversidad.

No es la juventud es la bomba que corre. Es la forma en que dejamos que la economía se desarrolle y agotemos los recursos naturales. En 2018, el 1 de agosto se alcanzó el día de la Overshoot de la Tierra. Desde ese día en adelante y hasta el final de ese año, vivimos de los recursos de jóvenes y niños. No creo que les hayamos prestado esos recursos. Me temo que acabamos tomándolos.

La enorme gula por los recursos no se detiene incluso cuando pone en peligro a nuestros propios hijos. La palabra "suficiente" ya no parece existir, razón por la cual incurrimos en una deuda cada vez más profunda, tanto financiera como ecológica. Y la juventud y los niños son nuestros pagadores.

Estoy profundamente agradecido a Su Majestad el Papa Francisco por su Encíclica "Laudato Si", sin la cual, como siempre digo, el acuerdo de París difícilmente se pudo lograr. También estoy en deuda con HH, el patriarca ecuménico Bartolomé, que durante años ha levantado su voz en temas relacionados con los trastornos ecológicos a los que nos enfrentamos. Ambos nos recuerdan constantemente nuestro papel como administradores de la creación de Dios (Génesis 1:26), un concepto que compartimos con otras religiones, y señalan la profunda conversión y transformación que se necesita entre nosotros, como seres humanos, para vivir en ella. Esta vocación y por lo tanto todavía evita los peligros que enfrentamos debido a la rápida degradación ecológica. Aquí veo una contribución única de OBF. Porque al final del día, cómo vivimos y lo que importa en la vida, lo que llamamos una vida exitosa o plena es una cuestión profundamente espiritual, incluso en contextos de secularización. Los cambios que tenemos por delante no serán posibles sin cambiar las mentes y los corazones.

Es esta conversión, basada en una conversación profunda sobre qué es la vida y qué es lo que importa en la vida, que nosotros, como FBO, estamos en una posición única para apoyar. Es una conversación sobre el significado y las relaciones: con el prójimo y con el mundo creado. Es cierto que, para que esa conversación tenga lugar, se requiere un cambio teológico importante desde una teología hasta ahora antropocéntrica hacia otra que se vuelva más ecocéntrica.

Esto me lleva a mi último texto bíblico, que aprecio profundamente: habla de Jesús en la cima de una montaña, y algunos de los discípulos de repente ven a Dios como nunca antes (Mateo 17: 1-9). Por supuesto, ellos querían quedarse allí, disfrutando ese momento de revelación divina. Sin embargo, Jesús los

llevó a las llanuras, donde se encontró y curó a un niño que continuamente caía en llamas y, por lo tanto, tenía la cara desfigurada.

Desde el encuentro con el Señor transfigurado hasta el encuentro con el ser humano desfigurado y la creación de luto, ese es el espacio dentro del cual nos movemos. Hay una conexión profunda entre la adoración y la acción. La divina liturgia en nuestros templos y la liturgia de servicio y testimonio que sigue en el espacio sagrado de este mundo están interconectadas. Al mantener juntas estas dimensiones, agregamos una voz y una práctica distintivas a la Agenda 2030. Podemos y debemos ser nosotros mismos como FBO, y al hacerlo, ser actores significativos en la Agenda 2030 y su llamado a la creación de asociaciones.

Personalmente espero un compromiso más profundo, una cooperación y una acción interreligiosas más sólidas y, al hacerlo, un diálogo intensificado entre todos los que estamos a cargo de esta poderosa visión: no dejar a nadie atrás.